

San Agustín y la vida monástica II Parte*

Monasterio de clérigos en su casa episcopal

Agustín fue consagrado obispo en 395 o 396. Primero sirvió a Valerio como coadjutor, y desde agosto de 397 como obispo titular de Hipona. El episcopado no rompió sus lazos con la vida monástica -su *santo propósito*- sino, al contrario, dejó entonces el monasterio de laicos donde vivía y fue a instalarse en la casa episcopal, que transformó en monasterio de clérigos.

68) «Para no alargarme demasiado, teniendo en cuenta, sobre todo, que yo les hablo sentado, mientras que ustedes se fatigan al estar de pie, les diré: saben todos o casi todos que en esta casa, llamada casa episcopal, vivimos de tal manera que, en la medida de nuestras fuerzas, imitamos a aquellos santos de quienes se dice en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*: *Nadie llamaba propia a cosa alguna, sino que todas les eran comunes* (Hch 4,32). Como tal vez algunos de ustedes no se han esmerado en examinar nuestra vida para conocerla como yo quiero que la conozcan, voy a explicarles lo que dije antes brevemente...» (*Sermón* 355,2; Hipona, año 425).

* Por Roberto Peña, ocsa. La primera parte fue publicada en "CuadMon" 116 (1996), pp. 108-154.

Agustín, obispo: monacato eclesiástico

Atento y abierto a lo que se le presentaba como voluntad de Dios, Agustín renunció al retiro en el desierto -la soledad monástica-, y servirá abnegadamente como obispo-monje para bien de todos, a ejemplo de Cristo.

69) «Aterrado por mis pecados y por la pesadumbre de mi propia miseria, había proyectado en mi corazón y planteado la huida al yermo. Pero Tú, Señor, me lo prohibiste y me fortaleciste, diciendo que por eso murió Cristo por todos: *para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos* (2Co 5,15). Mira, Señor, en Ti arrojo mi cuidado, mientras vivo y medito las maravillas de tu ley. Tú conoces mi impaciencia y mi debilidad. Enséñame y sáname» (*Confesiones* X,43,70; Hipona, entre 397 y 401).

Hasta este momento los monjes africanos no tenían clara conciencia de que el trabajo manual fuera una ocupación ordinaria y esencial del monacato. Las circunstancias para tal esclarecimiento llegarán en poco tiempo...

70) «Oraciones, ayunos y limosnas; distribuyendo algo a los indigentes o perdonando las injurias, como Dios nos perdonó en Cristo; domando las malas costumbres; soportando la tribulación; y ante todo, soportándose recíprocamente en la dilección; estudiando la astucia y las insidias del tentador, rechazando y extinguiendo con el escudo de la fe sus flechas encendidas; cantando y salmodiando en sus corazones al Señor, o también vocalmente; poniendo de acuerdo la voz con el corazón... Tal es la acción del buen método que tiene siempre la atención en Dios... Tal acción no se interrumpe con el negocio, ni se entibia con el ocio; no es turbulenta, ni floja; ni audaz, ni fugaz; ni se precipita, ni se turba» (*Epístola* 48,3 a Eudoxio; Hipona, probablemente 398).

Agustín, obispo, tenía la obligación de prohibir al pueblo los banquetes sagrados («refrigeria») en la medida de lo posible: tanto él como su comunidad monástica tomaron partido en la espinosa cuestión.

71) «No omitiremos relatar a tu Caridad el suceso, para que con nosotros den gracias a Dios por el beneficio recibido, pues rezaron con nosotros para que lo recibiéramos. Después de tu partida, me comunicaron que algunos sujetos se habían reunido tumultuosamente, declarando que no podían tolerar que se prohibiese esa fiesta [banquetes sagrados] que ellos llaman *Laetitia*, tratando en vano de disimular el nombre de borrachera. Ya lo anunciaban cuando estuviste tú aquí, pero ese miércoles, por una oculta ordenación de la omnipotencia divina, me tocó hablar acerca del Evangelio que dice: *no den lo santo a los perros, ni arrojen sus margaritas delante de los puercos* (Mt 7,6). Hubo que hablar de perros y de puercos... mi conclusión fue que vieran cuán pecaminoso era ejecutar bajo el nombre de la religión y dentro de las paredes de la iglesia una acción que, aunque fuese ejecutada en las casas privadas, obligaría a separarlos de lo santo y de las margaritas eclesiásticas» (*Epístola 29,2 a Alipio*; Hipona, mediados 395).

La perfección cristiana y la perfección monástica

Según le explicará a sus fieles, Agustín encontraba en el «sermón de la montaña» del evangelio de Mateo todo un programa ascético de perfección cristiana, la expresión condensada del ideal cristiano.

72) «Si alguien examina con piedad y sinceridad el sermón que predicó en la montaña nuestro Señor Jesucristo, según se lee en el Evangelio de San Mateo, encontrará en él, a mi juicio, una norma perfecta del cristiano vivir. Esta aseveración no es una arriesgada temeridad, pues la deducimos de las mismas palabras del Señor... Al parecer, quiso decir que estas palabras que pronunció en la montaña ordenan tan perfectamente la conducta de quien quisiere regirse por ellas, que con razón se lo compara a un sabio que quiso edificar sobre roca (Mt 7,24). Y yo me expreso así para hacer ver que este sermón de la montaña contiene hasta la perfección todos los

preceptos que han de informar la vida cristiana» (*Sobre el sermón del Señor en la montaña I,1,1*)¹.

Debemos buscar primero y sobre todo el reino de Dios, y esperar de Él las cosas necesarias, pues el reino es el fin, mientras que el alimento es un medio. Si servimos a Dios con la intención que nos dé bienes materiales, estamos invirtiendo los valores.

73) «No debemos evangelizar para comer, sino comer para evangelizar. Si evangelizamos para comer hacemos más vil el Evangelio que el alimento. Y entonces nuestro bien será comer y el Evangelio un medio necesario. Eso lo prohíbe el Evangelio y lo prohíbe también el Apóstol, cuando afirma que Dios concede a los que anuncian el Evangelio el vivir a costa del Evangelio: es decir, les permite tomar del Evangelio aquella parte que necesitan para vivir, si bien él personalmente no había usado de esta potestad, porque había muchos que procuraban hallar ocasión de adquirir y vender el Evangelio. Para quitarles todo pretexto, el Apóstol se ganaba el alimento con su trabajo (*Hch 20,34*). En otro pasaje dijo de ellos: *para quitar la ocasión a los que la andan buscando* (*2Co 11,12*). Si, a semejanza de los otros apóstoles buenos, hubiese vivido del Evangelio, en conformidad con el permiso del Señor, no hubiese puesto en el alimento el fin de su evangelización, sino que hubiese aceptado el alimento como un medio necesario para cumplir su oficio... ¿Pero, cómo evangelizar? Quiere evangelizar de manera que el Evangelio y el reino de Dios sean el galardón del oficio» (*Sobre el sermón del Señor en la montaña II,15,49-55*; Hipona, 392/antes de 28 de agosto de 397).

¹ *De sermone Domini in monte, libri II (De s. Dom. in monte)*: Hipona; 392/antes de 28 de agosto de 397. Sobre el sermón del Señor en la montaña (*Mt 5-7*); ofrece un «código de vida cristiana»: bienaventuranzas, dones del Espíritu Santo, peticiones del Padrenuestro.

Texto latino en PL 34, 1229-1308; ed. crítica de A. Mutzenbecher en CCL 35 (1967). Trad. castellana en ODSA, t. XII, 1954, pp. 777-995 (BAC 121).

Pretender alcanzar el reino de Dios y a la vez ascender de nivel con respecto a lo que es temporal, es servir a dos señores. Agustín no se engaña, pues ve que esta realidad se daba en algunos miembros del clero africano, e incluso no faltaban quienes usaban a la comunidad monástica como un medio de promoción humana...

74) «No todos sirven a Dios por la salvación de la república, sino por el galardón y el arancel... No debemos pensar en la merced corporal, ni sola ni acompañada del reino de Dios... Cuando obres el bien, piensa en la eternidad... y no te faltará qué comer o qué vestir; no te faltará, pues el Padre sabe que necesitas estas cosas.

Hay que evitar con cuidado el escollo: quizá vemos a algún siervo de Dios que se provee de estas cosas, necesarias para sí o para aquellos que están a su cuidado, y juzgamos que obra contra el propósito del Señor, y que vive solícito por el día de mañana. El mismo Señor, a quien servían los ángeles (*Mt 4,11*), quiso dar el ejemplo, para que nadie se escandalice cuando viere que alguno de los siervos de Dios se procura las cosas necesarias: ...también Pablo pensaba en las colectas...» (*Sobre el sermón del Señor en la montaña II,17,56*; Hipona, 392/antes de 28 de agosto de 397).

Al querer proveer todos los medios necesarios para un monasterio en Hipona, Agustín fue acusado por algunos de preocuparse por lo material. Urgía salir al paso y aclarar algunas cosas frente a las críticas de quienes lo veían «angustiado por el mañana».

75) «El precepto tiene su norma o criterio: en la misma provisión de las cosas materiales, hay que pensar en el reino de Dios; no se puede pensar en esa provisión como si fuese un absoluto. Así, aunque a veces falten las cosas necesarias –lo que Dios permite para el ejercicio de nuestra virtud–, no sólo no se debilita nuestro género de vida [monástico], sino que queda confirmado, probado, purificado. San Pablo recuerda que pasó hambre y sed. El médico, a quien nos hemos confiado de una vez para siempre, y de quien tenemos una promesa para la vida presente y futura, sabe cuándo tiene que dar estas medicinas, según ve que nos conviene... Cuando un hombre quita el alimento a su pollino, no es porque ya no cuide de él, sino precisamente porque cuida de él» (*Sobre el sermón del Señor en la montaña II,17,58*; Hipona, 392/antes de 28 de agosto de 397).

¡Cuidado con los juicios temerarios! Guardémonos de condenar a otros por una intención que no vemos. Todo juicio temerario es, en realidad, una especie de radiografía no del enjuiciado, sino de aquel que temerariamente juzga...

76) «Hay dos puntos en que debemos evitar con cuidado el juicio temerario: cuando es incierta la intención con que ha obrado alguien o cuando es incierto qué será en el futuro quien ahora parece bueno o malo. Así por ejemplo, si alguien no quiere ayunar porque se queja del estómago y lo juzgas glotón y vicioso, incurres en juicio temerario. De igual modo, si ves manifiestamente que es tragón y borracho, y lo corriges como si nunca pudiera corregirse o cambiar, incurres en juicio temerario. Por lo tanto, no reprendamos aquellas cosas que no sabemos con qué intención se hacen. Ni reprendamos tampoco los vicios manifiestos de tal manera que desesperemos del remedio... El juicio temerario no perjudica al que lo padece, sino al que lo hace... Juzgan temerariamente y reprenden fácilmente los que tratan más bien de vituperar y de condenar que de enmendar y corregir, animados por el vicio de la soberbia o de la envidia. Por eso el Señor añadió: *¿cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? (Mt 7,3)*» (*Sobre el sermón en la montaña del Señor II,18,61; Hipona, 392/antes de 28 de agosto de 397*).

El único ideal para todos los cristianos debería ser la sabiduría, la vida bienaventurada, concretizada en un pensamiento verdaderamente cristiano.

77) «*El que pide, recibe y el que busca, halla (Mt 7,8)*... La petición se refiere a reclamar la salud y fortaleza de ánimo para que podamos cumplir aquellos preceptos que se nos dan; la búsqueda, en cambio, se refiere al encuentro con la verdad. La vida bienaventurada está constituida por la acción y por el conocimiento; la acción reclama disposición de energías; la contemplación reclama evidencia de las cosas... Pongamos el ejemplo de alguien que no puede andar porque tiene los pies malos. Ante todo, hay que curarle para que pueda caminar... Lo segundo es que halle un camino apropiado... Lo tercero es que al llegar a su destino halle abierta la puerta» (*Sobre el sermón del Señor en la montaña II,21,71; Hipona, 392/antes de 28 de agosto de 397*).

Monje obispo: desprendimiento material

En el pensamiento de Agustín todo siervo de Dios (sea monje o clérigo) sirve a dos señores siempre que posee bienes materiales, y divide su corazón entre ellos y Dios. El obispo de Hipona no sólo predicaba a otros, sino que empezaba por sí mismo; daba ejemplo con su propia renuncia.

78) «Cuando alguna vez, como suele acontecer, se suscitaba animosidad contra los clérigos a causa de las posesiones, hablaba al pueblo de Dios, afirmando que prefería vivir de limosna a padecer el cuidado de la administración de las propiedades. Decía que estaba pronto a cedérselas, para que *todos los siervos y ministros* de Dios viviesen como se dice en el Antiguo Testamento sirviendo al altar y participando de él. Pero los seglares nunca quisieron hacerse cargo de ellas.

Delegaba y confiaba a clérigos decididos, y por turno, el cuidado y propiedad de la casa de la iglesia. Nunca tuvo llave o anillo en la mano. Los mencionados *preósitos* anotaban todas las entradas y salidas y a fin de año se leían las cuentas» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 24; alrededor de 432).

El ejemplo de desapego de Agustín -conocido por muchos- era bastante notorio, y servía al santo obispo de argumento colaborador a su palabra y predicación.

79) «Sólo resta que ese torpe apetito del dinero recaiga indirectamente en los clérigos, máxime en el obispo. Porque se juzga que somos nosotros los que hacemos de señores en los asuntos eclesiásticos. En definitiva, todo lo que se nos dio con este motivo lo tenemos aún, o lo hemos repartido a nuestro talante; nada hemos dado al pueblo, que queda fuera de la clericatura y del monasterio, sino que lo hemos dado a algunos poquísimos indigentes. Por eso, es a nosotros a quienes se debía denunciar... Dios es testigo de que toda esta procuración de los bienes eclesiásticos, aunque algunos creen que amo el dominio, en realidad lo tolero, no lo amo, por la servidumbre que debo a la caridad de los hermanos y al temor de Dios. De tal modo que desearía carecer de ella, si fuese posible, salvo el oficio. Y esto mismo pienso del hermano Alipio, Dios es testigo...

Ya no puedo trabajar con mis manos para sustentar esta vida: y, aunque pudiera, son tantas mis ocupaciones –no creo que fueran mayores aquéllas de que hablaba San Pablo (*ITs* 2,5)– que no me dejarían trabajar» (*Epístola* 126, 8-10 a Albina; Hipona, inicios 411).

Un tal Honorato, monje del monasterio de Tagaste, no hizo donación jurídica de sus bienes como se acostumbraba. Tiempo después fue ordenado presbítero para la iglesia de Tiave. Al morir, los fieles comenzaron a reclamar sus bienes. Agustín y Alipio tuvieron que dirigirse a Tiave para encontrarle solución al problema. El obispo de Hipona aprovechó la ocasión para subrayar la obligatoriedad del desprendimiento material al entrar en la vida monástica, e incluso aceptó cargar con parte de la «deuda» para zanjar la cuestión.

80) «La tristeza de la iglesia de Tiave no deja reposar mi corazón, hasta que no sepa que se han reconciliado contigo [Alipio]... Hace poco han entrado en la paz católica, y yo no puedo en modo alguno abandonarlos... El cederles la mitad [de los bienes de Honorato, monje de Tagaste, luego presbítero de Tiave], parece una confesión de que tienen derecho a todo... Tú dijiste: "cuidemos, no sea que al resolver un problema dudoso, causemos mayores heridas"... Cuando alguien se convierte para entrar en un monasterio, si se convierte con corazón veraz, no piensa en este asunto, sobre todo si sabe cuán gran mal es pensar en ello; si es falaz y busca su interés propio, no el de Jesucristo, no tiene ya caridad. ¿Y de qué le sirve entonces, el distribuir sus bienes a los pobres?... En adelante, eso se podrá evitar. Cuando alguien se convierta no se le podrá admitir a la sociedad de los hermanos antes de que se libere de todos esos impedimentos; sólo podrá ofrecérsele el ocio, cuando sus propiedades hayan dejado de existir... Es verdad que los bienes no eran del presbítero [Honorato], pero eso debieron saberlo los de Tiave desde el principio.

Me parece pues que en adelante habremos de atenernos a esta norma. Cuando alguien se ordene de presbítero, los bienes que jurídicamente posee pertenecerán a la iglesia en que se ordena... Porque si no hay donación jurídica, pasarán a sus herederos. Así, el hermano Emiliano heredó aquellos treinta sueldos del hermano Privado. Esto hay que precaverlo anteriormente. Y si no hubo precaución, hay que atenerse al derecho civil... Así guardaremos nuestra buena fama, que es muy necesaria para nuestra empresa apostólica.

Por lo tanto, he escrito una carta en nombre de los dos. Fírmala y no tardes en remitírsela a los de Tiave... En fin, por todas partes me acosan los temores. Recuerdo la proposición que me hiciste al despedirnos: que yo quede debiendo a los hermanos de Tagaste esa mitad (que se llevarán los de Tiave). Si crees claramente que eso es justo, acepto; pero con la condición de que pagaré cuando tenga, esto es, cuando me hagan alguna donación para el monasterio de Hipona, que me permita pagarles a ustedes sin angustia mía» (*Epístola* 83 a Alipio; Hipona, 404/405).

Monjes continentes, humildes, disponibles y hospitalarios

A diferencia del monacato tradicional, Agustín no separará a los monjes como un grupo aparte, sino que apelará siempre a la caridad que une a todos los miembros del pueblo cristiano. Los monjes no sólo le deben a los fieles la oración y el buen ejemplo, sino también el *buen olor de Cristo*. Su continencia vivida en conciencia soportará humildemente los embates de la detracción de quienes dudan de ella o no la entienden.

81) «Pues veo que hoy han acudido aquí muchos más, los exhorto, a los que mantienen más en alto el ideal, esto es, a los que tienen en el cuerpo de Cristo un lugar más elevado, por un don de Dios que no por sus merecimientos, y cuidan su continencia que les fue dada por Dios. Porque los malos y envidiosos que hay entre nosotros tienen sospecha de ella, y ella tiene que sufrir el ataque para demostrar su autenticidad. Si con la profesión de la continencia buscamos la alabanza humana, sucumbiremos cuando nos reprenden. Tu eres un casto siervo de Dios. Pero he aquí que de pronto el mundo sospecha que eres impúdico, y murmura de ti y te reprende, y se goza en calumniarte. Al alma malévola le sabe muy bien deleitarse en sospechas pésimas. Si te determinaste a aceptar la continencia por la alabanza humana, te verás empujado a sucumbir ante la detracción, y perderás todo lo que pensabas haber adquirido.

En cambio, si aprendiste a decir con el Apóstol: *nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia* (2Co 1,12), entonces la reprehensión no te disminuye el galardón: más bien te lo aumenta. Pero reza por ellos, para que no muera el detractor mientras aumenta tu galardón... Estamos en el crisol del orfice. Si tú eres oro, el malo es tu paja. Si tú mismo

eres paja, los dos juntos serán humo» (*Sermón* 354,2,3; lugar desconocido, antes de 410).

El sentido del monacato continente no está en sí mismo, sino fuera de él: tanto el monacato, como también la clericatura, son para el pueblo cristiano.

82) «Ante todo sepan, carísimos, que los miembros más excelentes del Cuerpo de Cristo no están solos. La vida conyugal es laudable y tiene su lugar en el Cuerpo de Cristo... Los casados los honran, juzgan que ustedes son mejores: ustedes deben pues ofrecerles su homenaje. La castidad del casto se puede perder de dos maneras: o por el adulterio, o por el orgullo. Yo oso decir que los casados humildes son mejores que los continentes soberbios. Consideren lo que digo: fíjense en el diablo. ¿Acaso en el Juicio de Dios le acusarán de adulterio o fornicación? Nada de eso hizo, pues no tiene carne. Solo la soberbia y envidia le enviarán al fuego eterno» (*Sermón* 354,4,4; lugar desconocido, antes de 410).

El monje no está a salvo de la soberbia, que es la madre de la envidia... Solamente la caridad lo protege.

83) «En cuanto el siervo de Dios se siente invadido por la soberbia, ya está ahí la envidia. El soberbio no puede evitar ser envidioso. La envidia es hija de la soberbia; pero la madre no sabe ser estéril: en cuanto aparece, pare... Hay una sola cosa que vence siempre y sin la cual nada valen las demás cosas; donde ella está todo lo atrae hacia sí. Es la que nunca envidia. ¿Y por qué? Porque no se hincha (*1Co* 13,4)... No habría envidia si no hubiera amor de la propia excelencia.

Pero *la ciencia* -dice el Apóstol- *hincha*, y ¿entonces? ¿Deberán evitar la ciencia? ¿No será mejor no saber nada, que hincharse? ¿Y entonces, para qué les hablo, si es mejor la ignorancia que la ciencia? ¿Para qué discuto con ustedes? ¿Por qué hago todas estas distinciones? Por consiguiente, amen la ciencia, pero antepongan la caridad. La ciencia hincha, cuando está sola; pero con la caridad edifica (*1Co* 8,1), no permite que la ciencia se hinche. La ciencia hincha allí donde la caridad no edifica. Pero allí donde la caridad edifica, hay solidez: no hay hinchazón allí donde está la piedra de cimiento» (*Sermón* 354,6,6; lugar desconocido, antes de 410).

La relación monje-Iglesia en el pensamiento de Agustín: entre los miembros del Cuerpo de Cristo se da un caritativo intercambio de dones espirituales.

84) «Cuando pensamos en esa quietud que disfrutamos en Cristo [Eudoxio y sus hermanos], descansamos también nosotros en ustedes, aunque nos debatimos en diferentes y ásperos trabajos. Porque somos un cuerpo bajo una cabeza, para que ustedes trabajen en nosotros y nosotros descansemos en ustedes, pues si padece un miembro, compadecen todos los miembros; y si es glorificado un miembro, se regocijan todos los otros (1Co 12,26). Los amonestamos, pues, pedimos y rogamos, por la profunda humildad de Cristo y su misericordiosa excelsitud, que nos tengan presentes en sus santas oraciones, pues creemos que serán más atentas y sosegadas que las nuestras; las nuestras se ven heridas y debilitadas por la niebla y tumulto de las actividades seculares. No es para nosotros, sino para aquellos que nos contratan por mil pasos, y se nos manda que vayamos con ellos otros dos mil (Mt 5,41). Tantas son nuestras actividades que apenas podemos respirar» (Epístola 48,1 a Eudoxio; Hipona, probablemente 398).

Sin servicio a los demás, el monacato carece de sentido. En el Cuerpo de Cristo cada monje colabora con los otros miembros y hace que ellos descansen en él. El ocio monástico no es descanso inactivo y no comprometido, antes al contrario, debe estar al servicio de la Iglesia.

85) «Los exhortamos en el Señor, hermanos, a que mantengan su compromiso y perseveren hasta el fin. Y si la Madre Iglesia deseara alguna obra de ustedes, no la tomen con ávida soberbia, ni la rechacen con miserable desidia, sino que han de obedecer a Dios, llevando con mansedumbre a Aquel que los rige... No antepongan su ocio a las necesidades de la Iglesia; cuando ella va a dar a luz, no hallarían como nacer, si los buenos se niegan a ayudar... Los hay que por miedo a ser tomados y elevados hacia la derecha, caen y se hunden por la izquierda. Y los hay que, al separarse demasiado por la izquierda, para no dejarse absorber por la torpe molición del ocio, se dejan corromper y consumir por el lado derecho, por la fastuosidad de la jactancia, y así se desvanecen en ceniza y humo. Así pues, queridos, amen el ocio, pero de modo que se desprendan de toda delectación terrena, recordando que no hay lugar alguno donde no pueda tender

un lazo el enemigo que teme que vuelen hacia Dios» (*Epístola* 48,2 a Eudoxio; Hipona, probablemente 398).

La hospitalidad no era ajena al monacato agustiniano: ejemplo del monasterio de clérigos de Hipona y de la manera de pensar de Agustín.

86) «Llegué aliscopado y vi la necesidad para el obispo de ofrecer hospitalidad a los que sin cesar iban y venían, pues al no hacerlo se mostraría inhumano. Delegar esa función en el monasterio parecía inconveniente. Por esta razón quise tener en esta casa episcopal el monasterio de clérigos. He aquí de qué modo vivimos. A ninguno le está permitido tener algo propio...» (*Sermón* 355,2; Hipona, 425).

Clérigos regulares (monjes): vivir la pobreza

A pesar de ser obispo, Agustín siguió siendo y pensando como monje. Aplicar al clero de su diócesis su doctrina monástica tenía sus inconvenientes, por ejemplo, en el tema de la pobreza. De ahí que opta por plantear el problema frente a la iglesia reunida, e invita al diálogo público a sus diocesanos debido a ciertos rumores que corrían.

87) «Ayer quería yo y les pedía, que vinieran hoy en el mayor número posible, por un motivo que les voy a explicar. Con ustedes vivimos aquí y por ustedes vivimos: nuestra intención y nuestro propósito es que vivamos siempre sin fin con ustedes en Cristo. Me parece que nuestro género de vida está ante sus ojos, de manera que quizá se nos pueda permitir que repitamos unas palabras del Apóstol, aunque seamos muy inferiores a él: *sean imitadores míos como yo lo soy de Cristo (1Co 4,16)*. Por eso no quiero que nadie halle ocasión de mal vivir pensando en nosotros... Porque hacemos el bien, como dijo el mismo Apóstol, no sólo delante de Dios, sino delante de los hombres (cf. *2Co 8,21*). Nosotros tenemos ya bastante con nuestra propia conciencia. Pero, por el bien de ustedes, nuestra fama debe resplandecer y no recibir mancha alguna ante ustedes. Retengan lo que les he dicho y distingán bien. Dos cosas muy diferentes son la conciencia y la fama. La conciencia tuya es para tu propio bien; tu buena fama es para bien del prójimo. Quien se confía en su propia conciencia y descuida su fama es cruel con el prójimo.

No los voy a retener demasiado, pues yo hablo sentado, mientras ustedes escuchan de pie. Todos o casi todos saben que vivimos en esta casa que se llama *casa episcopal* de tal modo, que imitamos en lo posible a aquellos santos, de quienes hablan los *Hechos de los Apóstoles*: *nadie tenía nada propio, sino que todo era común* (Hch 4,32)... Quiero que conozcan bien nuestro género de vida» (*Sermón 355,1 ss.*; Hipona, 425).

Agustín era consciente de que su modo de vida iba a encontrar oposición. Por esto cuando lo explica recurre siempre a la Sagrada Escritura, sin alegar tradición alguna o experiencia a su favor.

88) «He aquí de qué modo vivimos. A ninguno le está permitido en la comunidad tener algo propio. Pero tal vez algunos lo tienen. A ninguno le está autorizado, si algunos lo tienen, hacen lo que no les está permitido. Pienso bien de mis hermanos, y por pensar siempre bien me he abstenido de una investigación al respecto, porque al hacerla me parecía como desconfiar de ellos. Sabía y sé que todos los que conmigo viven conocen nuestro propósito, conocen la norma de nuestra vida» (*Sermón 355,2*; Hipona, 425).

Animado por una gran honestidad, frente al pueblo Agustín no ocultaba la verdad de las debilidades... Así ocurrió en el caso de escándalo que ocasionó un tal Jenaro, que había ingresado en el monasterio de Agustín, pero sin desprenderse de todo lo que poseía; cuando se vio en peligro de muerte hizo testamento en favor de una hija suya muy joven, como si el dinero que guardó le perteneciera.

89) «Y yo confieso: ha hecho testamento un presbítero y compañero nuestro [Jenaro, en favor de una hija suya], que habitaba con nosotros, que profesaba la vida común. Hizo testamento, designó herederos. ¡Oh dolor para su compañía! ¡Oh fruto nacido, no del árbol que plantó el Señor! No se diga que designó como heredero a la misma Iglesia. No quiero yo tales donaciones, no me gusta el fruto de la amargura. Yo quería a Jenaro para Dios, él había profesado la compañía: debía mantenerla, exhibirla, no tener nada, no hacer testamento. ¿Tenía algo? Entonces, que no hubiese fingido ser socio nuestro, como pobre de Cristo. Por eso, nuestro dolor es grande, hermanos. Les confieso que por ese dolor me determiné a no recibir en favor de la Iglesia esa herencia. Que sea para sus hijos, y que ellos hagan

lo que quieran con ese dinero. Porque me parece que, al aceptarlo, por ese mismo hecho, que condeno y lamento, me haría yo consentidor. La hija de Jenaro está en el monasterio de monjas. El hijo, en el monasterio de varones. Los dos hijos disputan ahora sobre la herencia. Pero son niños y buenos: el pleito terminará en seguida. Yo lo veré con algunos de los hermanos y con algunos de ustedes mismos, y se liquidará» (*Sermón 355,2,3; Hipona, 425*).

El obispo de Hipona, por lo general de temple conciliador, en algunos puntos era «intransigente», como era el caso de los bienes materiales. Estaba convencido de que solamente el desprendimiento y la puesta en común aseguran la unidad en la comunidad.

90) «Sepan ustedes, que he dicho a mis hermanos, a los que viven conmigo, que todo el que tenga algo propio lo distribuya o lo venda o lo done, haciéndolo común... Ya tiene a la Iglesia mediante la cual Dios nos alimenta. He dado una prórroga hasta la Epifanía, ya que algunos no dividieron los bienes con sus hermanos seculares, renunciando a lo que tienen esos hermanos, o bien porque no tienen edad legítima, y no pueden disponer de esos bienes. Hagan de sus bienes lo que quieran, con tal de que sean pobres conmigo, y esperen conmigo la misericordia de Dios. Si alguno se niega, y quizá se niegue, ya lo saben: yo había establecido no ordenar a ningún clérigo, si no quiere quedarse a vivir conmigo. Al pretender abandonar su compromiso (*propositum*), tengo derecho a negarle la clericatura, pues él abandona la promesa de la santa compañía y el consorcio ya comenzado» (*Sermón 355,6; Hipona, 425*).

En un primer momento Agustín había decidido no ordenar de presbítero a nadie que no fuera monje, es decir: sin propiedad, continente y obediente. Sin embargo, no todos aceptaron su postura...

91) «Pero ahora, en presencia de Dios y de ustedes, cambio de parecer [con respecto a los clérigos que no quieren vivir la pobreza]. Si alguno quiere retener su propiedad, y no le bastan Dios y la Iglesia, quédese donde quiera y donde pueda: yo no le quito la clericatura. ¡No quiero tener hipócritas! Es malo, todo el mundo lo sabe, es muy malo, quebrantar el compromiso, pero es peor simular ese compromiso. Repito, pues, atiendan: quien abandona la compañía de la vida común, que es alabada en los He-

chos de los Apóstoles, quebranta su voto, quebranta su profesión. Atienda al juez, pero a Dios, no a mí. Yo no le quito la cléricatura. Ya he expuesto a sus ojos el riesgo que corre: haga lo que quiera.

Porque sé que si intento degradar a alguien por semejante comportamiento, no le han de faltar protectores ni intercesores, tanto en Hipona como entre los obispos. Y se dirá: "*¿qué mal ha hecho? Él no puede tolerar esa vida común; quiere habitar fuera del episcopio y vivir de sus propiedades. ¿Y por eso debe perder la cléricatura?*"

Yo sé cuán malo es prometer algo santo y luego no cumplirlo. Una virgen, oficialmente consagrada, pero que no ha vivido en un monasterio, no puede casarse, aunque nadie puede obligarla a vivir en un monasterio; pero si comenzó a vivir en el monasterio, y luego sale, aun permaneciendo virgen, ha quebrantado la mitad de su profesión. Pues de este modo, un clérigo ha profesado dos cosas, la perfección y la cléricatura interiormente, la santidad; en efecto, Dios impuso en su cerviz la cléricatura por causa del pueblo, por lo cual es una carga más bien que un cargo. ¿Pero quién es sabio y entenderá esto? (*Sal 106,43*). Luego ha profesado la santidad, ha profesado una compañía de vida común, ha profesado el *cuán bueno y agradable es vivir en uno los hermanos* (*Sal 132,1*). Si quebranta ese compromiso y ejerce la cléricatura, viviendo fuera del episcopio (monasterio), ha quebrantado la mitad de su profesión. A mí no me importa, no lo juzgo. Si vive fuera y profesa santidad, ha quebrantado la mitad; pero si vive dentro simulando, ha quebrantado todo. No quiero que tenga necesidad de disimular.

Sé cómo aman los hombres la cléricatura: no se la quitaré al que se niegue a vivir en común conmigo. Pero quien quiera quedarse conmigo, tendrá a Dios. Si está pronto a dejarse alimentar por Dios, por medio de la Iglesia, a no tener nada propio, repartiéndolo a los pobres, o amasándolo en común, quédese conmigo. Quien no quiera, libre es: pero mire si podrá conseguir la eternidad de la felicidad» (*Sermón 355,6; Hipona, 425*).

Los obispos circunvecinos no compartieron su opinión, por lo que ante las críticas, Agustín se verá en la obligación de clarificar y matizar su postura.

92) «Ustedes se contentarán con esto por hoy. Lo que yo haya de hacer con mis hermanos, se los diré en público. Espero que serán buenas

noticias; todos me obedecen con generosidad. No hallaré ninguno que tenga propiedades, sino por alguna necesidad de la religión, y no por ocasión de la apetencia. Después de la Epifanía, si Dios quiere, les expondré las gestiones que haya hecho. Tampoco les ocultaré cómo acabará el pleito entre los dos hijos de Jenaro. Mucho he hablado, perdonen a una senectud locuaz, aunque tímida debilidad. Como ven, por la edad comienzo ahora a envejecer; por mi enfermedad soy ya viejo hace tiempo. Pero si a Dios place, según les he dicho, Él me dará fuerzas, y no los abandonaré tan pronto. Recen por mí, para que mientras el alma esté dentro del cuerpo, y sean cualesquiera mis fuerzas, esté al servicio de ustedes administrando la palabra de Dios» (*Sermón 355,7; Hipona, 425*).

Aunque cambió su manera de proceder en relación con los clérigos, el fondo de su pensamiento siguió permaneciendo estable: la pobreza une a los que viven en comunidad.

93) «Los demás, o sea, los diáconos, son pobres por don de Dios y esperan en su misericordia. No tienen con qué hacer nada. Al no disponer de medios, dieron fin a sus ambiciones mundanas. Viven con nosotros en comunidad; nadie los distingue de quienes aportaron algo. La unidad de la caridad ha de ser antepuesta a la comodidad terrena derivada de cualquier herencia» (*Sermón 356,8; Hipona, 426*).

Relación monasterio - diócesis: monasterio *diocesano*

El monacato agustiniano, inspirado en *Hechos 4,31-35*, mantenía una fuerte relación con la realidad diocesana en la que estaba inserto. Frente al caso de Jenaro, Agustín se vio obligado a abrir una investigación y exponerla ante el pueblo para salir al paso de los detractores.

94) «Ya ven qué es lo que buscamos: oren para que podamos realizarlo. Ha sobrevenido una necesidad que me obliga a proceder con más circunspección: como saben, un presbítero que perteneció a nuestra compañía [Jenaro], a esa compañía sobre la que ha dado testimonio la lectura de la Biblia (*Hch 4, 31-35*), hizo testamento porque tenía con qué hacerlo. Había algo que él llamaba suyo, aunque vivió en una compañía en la que a nadie le era lícito llamar a nada suyo, pues todas las cosas eran comunes.

Quizá alguno de los que nos aman y alaban se pone a ponderar nuestra compañía delante de uno de nuestros detractores y dice: "todos los que cohabitan con el obispo Agustín viven de ese modo que se describe en los *Hechos de los Apóstoles*". Entonces el detractor mueve la cabeza, adelanta el colmillo y dice: "¿En verdad se vive allí como tú dices? ¿Por qué mientes? ¿Por qué enalteces a unos indignos con falsas alabanzas? ¿Acaso no ha hecho testamento un presbítero que era de la compañía, y dispuso a su talante de lo que tenía, y lo dejó en herencia? ¿De verdad son allí comunes todas las cosas? ¿De verdad nadie llama suyo a nada?" ¿Y qué podrá replicar a esto el panegirista? ¿No le cerraría el detractor la boca con un sello de plomo? ¿No se arrepentiría el panegirista de sus alabanzas? ¿No se llenaría de vergüenza y, confuso ante las palabras del detractor, le maldeciría a él o a nosotros? Esta fue la necesidad que me obligó a proceder con circunspección» (*Sermón 356,2*; Hipona, 426).

Felizmente la investigación emprendida -como deber de conciencia y derecho de la Iglesia- acerca de la propiedad privada de los que viven con él resultó positiva. Agustín así lo anuncia a los fieles...

95) «Les traigo noticias alegres. He encontrado cuales yo quería a todos mis hermanos y clérigos, que habitan conmigo, presbíteros, diáconos, subdiáconos y a mi sobrino Patricio. Hay dos que todavía no han resuelto acerca de su modesta pobreza, a saber: el diácono Valente y mi sobrino, subdiácono. Esperamos que el primero cumpla la edad reglamentaria para poder disponer de sus bienes jurídicamente. Tiene unas pocas tierras en común con su hermano: como las poseen sin dividir las, no ha decidido. Cuando se separen, tienen intención de legar a la iglesia, para alimentar a los que viven en el compromiso de la santidad, mientras están en esta vida» (*Sermón 356,3*; Hipona, 426).

Los principios de su *santo propósito* eran válidos para todos y no había acepción ni excepción de personas. Incluso su sobrino debía dar ejemplo en esto.

96) «En cuanto a mi sobrino, desde que se convirtió y comenzó a vivir conmigo, no podía disponer de unos pequeños campos por la oposición de su madre, que los tenía en usufructo. Ella ha muerto este año y mi sobrino arreglará en seguida con sus hermanas la situación, con la ayuda de

Cristo. Así, también él hará lo que conviene a un siervo de Dios, lo que exige su profesión, lo que exige la lectura bíblica de hoy (*Hch* 4,31-35)» (*Sermón* 356,3; Hipona, 426).

Entre el pueblo se propalaban algunos rumores sobre los presbíteros que vivían con Agustín en el episcopio... El obispo de Hipona impone cierto orden en el asunto de las donaciones concedidas a los clérigos: será lícito aceptarlas, pero pasarán a ser propiedad común, y como garantía antepone su ejemplo personal de pobreza.

97) «Hermanos míos, si quieren dar algo a los clérigos, los exhorto: sepan que no deben hacer como que fomentan sus vicios contra mí. Ofrezcan a todos lo que quieran, ofrézcanlo espontáneamente. Pero será común y se distribuirá a cada uno como su necesidad lo pidiera. Cuiden la alcancía del templo, y todos tendremos lo suficiente. Es algo que a mí me deleita sobremanera: esa alcancía es nuestro pesebre, nosotros somos el ganado de Dios y ustedes el campo de Dios (*1Co* 3,9). Nadie regale un birro o una túnica o una cosa semejante, sino sólo cosas que puedan ser comunes. También yo tomo para mí del común, pues sé que es del común todo lo que tengo. No quiero que ustedes ofrezcan cosas que sólo yo pueda decentemente utilizar, por ejemplo, un birro precioso. Quizá conviene al obispo, pero no conviene a Agustín hombre pobre, nacido de pobres... Confieso que me da vergüenza un vestido precioso, porque no es decente para esta profesión, para esta admonición [de la Biblia] para mi cuerpo, para mis canas» (*Sermón* 356,13; Hipona, 426).

Dentro del monasterio Agustín tenía sus ideas claras y firmes, más allá de los ajustes hechos en el plano diocesano: quien no quiera vivir pobremente, no debe permanecer en la vida monástica y menos aún aspirar a ser clérigo.

98) «He ahí lo que tenía que decirles. Lo oyeron y lo oyen. Quien quiera tener lo propio y vivir de lo propio, obrando contra estos preceptos míos, me quedo corto al decir: no vivirá conmigo. En efecto, no será clérigo. Dije [en el sermón anterior], y sé lo que dije, que si alguien no quería aceptar nuestra vida social, yo no le quitaría la clericatura, sino que lo dejaría aparte, viviendo aparte para que viva para Dios a su saber y entender; advertía yo cuán gran mal es quebrantar el voto, pero prefería tener

cojos, antes que tener muertos: en efecto, un hipócrita es ya un muerto. Pues bien, del mismo modo que antes dije que quien desee vivir fuera y por su cuenta no sería privado de la clericatura, digo ahora: esta vida social les ha agradado, por la gracia de Dios; en consecuencia, si alguien vive con hipocresía, si alguien es propietario, no le permito hacer testamento, sino que lo borraré de la tabla de los clérigos. Puede citar contra mí mil concilios, o navegar contra mí a cualquier país, pero tenga la seguridad: Dios me ayudará, para que donde sea yo obispo, él no pueda ser clérigo. Lo han oído y lo oyen. No obstante, espero en Dios y en su misericordia, que puesto que han recibido esta disposición mía con tanta hilaridad [los oyentes se habfan reído], la han de cumplir con pureza y fidelidad» (*Sermón 356,14; Hipona, 426*).

continuará